

Redes virales y riesgos invisibles

La reciente aparición de un segundo caso de quemadura grave en adolescentes por un desafío viral de TikTok en Magallanes es mucho más que una noticia de salud. Es un espejo que refleja las vulnerabilidades de nuestros niños y jóvenes frente al contenido digital. Que una adolescente de apenas 13 años termine con lesiones que requieren injertos y un seguimiento médico prolongado no es un accidente aislado, sino el resultado de un fenómeno creciente: la exposición a desafíos virales que normalizan el riesgo extremo y trivializan el dolor. Los especialistas del Hospital Clínico de Magallanes no sólo advierten sobre que-

maduras superficiales; recuerdan que la piel es nuestro órgano más grande y protector. Las heridas provocadas por estos juegos virales tienen consecuencias físicas duraderas, como cicatrices complejas, procedimientos quirúrgicos y un impacto estético y funcional que se arrastra por años. Pero el daño no se limita al cuerpo, pues la gravedad de las lesiones y el proceso de recuperación interrumpen la vida cotidiana, impiden actividades escolares y deportivas, y dejan una huella emocional que los propios adolescentes rara vez dimensionan. Este segundo episodio nos obliga a reflexionar sobre nuestra responsabilidad como sociedad. La supervisión de lo que consumen los niños y adolescentes en

redes sociales no puede ser vista como un control restrictivo, sino como un acto de prevención frente a riesgos reales y graves. Las vacaciones, el tiempo libre frente a pantallas y la falta de orientación sobre conductas de alto riesgo son un cóctel que facilita que estas tragedias se repitan.

No podemos ignorar que los desafíos virales -ya sea rociarse con aerosoles, exponer la piel al hielo y sal, o inhalar productos químicos- no son juegos inofensivos. Cada reto tiene consecuencias médicas concretas y, en muchos casos, irreversibles. Los padres, cuidadores y educadores deben asumir un rol activo en el acompañamiento de los jóvenes, dialogando sobre los riesgos, estableciendo límites y promoviendo conciencia sobre los

peligros que acechan detrás de una pantalla. En paralelo, los creadores de plataformas y contenidos deben asumir su cuota de responsabilidad. La viralidad no puede ser excusa para difundir conductas que atentan contra la seguridad de los menores. Políticas de prevención, alertas tempranas y campañas educativas son urgentes para frenar este tipo de fenómenos antes de que el daño sea irreversible.

La protección de la infancia y la adolescencia no puede delegarse solo en la intuición de los jóvenes; requiere de adultos atentos, instituciones activas y, sobre todo, una conciencia colectiva de que la vida y la integridad física no pueden ser moneda de cambio en la búsqueda de likes o vistas.